

LA PARTICIPACIÓN DEL SACRIFICIO, O COMUNIÓN

Esta tercera división de la "Misa de los Fieles" comprende desde el "Pater noster" inclusive, hasta el fin de la Misa. Realiza aquello de la Cena del Señor: "Lo partió (la fracción del pan), y lo dio a sus discípulos (la Comunión), diciendo: "Tomad y comed de él todos". La Iglesia ha añadido por su cuenta la Postcomunión o acción de gracias después de la Comunión.

Con la "Inmolación de la Víctima" ha quedado realizado el Sacrificio eucarístico, y ahora, con la "Participación" de la misma, se efectuará el Sacramento; pues no ha de olvidarse que la Misa es a la vez Sacrificio y Sacramento.

22. Una advertencia importante de Pío XII. Al empezar a tratar, en la encíclica "Mediator Dei" (14), el punto de la Comunión eucarística, el Papa Pío XII advierte con gran encarecimiento: que, aun cuando el augusto Sacrificio se termina con la Comunión del divino banquete, sólo se requiere, para su integridad, que comulgue el sacerdote sacrificador, y no el pueblo, aunque esto sea muy recomendable y sumamente deseable. Es un error -añade- querer hacer de la Comunión general o en común, como la cima de la celebración, y afirmar que no vale la pena celebrar cuando no hay fieles que comulguen.

Por más recomendables y deseables, en efecto, que sean las numerosas comuniones de los fieles, las misas privadas, aún sin otra Comunión que la del celebrante, conservan igual todo el valor del verdadero, perfecto e íntegro Sacrificio instituido por Jesucristo, y jamás deben menospreciarse, y menos suprimirse, por ese motivo. Esto sería dar más importancia a la Comunión que a la Misa misma, lo que a menudo por desgracia sucede entre los fieles, pero jamás puede admitirse en un sacerdote teólogo.

23. El "Pater noster". La oración "dominical" es la primera que comienza la preparación para la Comunión. Primitivamente decíase después de la "fracción"; pero como ésta 'podía alguna vez no efectuarse, v. gr., cuando, en días de peligro de persecución, se tenía que celebrar nada más que lo puramente esencial del rito de la Misa, San Gregorio Magno púsola aquí para que no se diera el caso de tenerla que omitir. El mismo santo Pontífice hízola acompañar del breve prólogo o introducción que le precede, y del epílogo o "embolismo" que la sigue. El prólogo o "introducción": "Amonestados por los saludables mandatos, y aleccionados por la instrucción del mismo Dios, nos atrevemos a decir: Pater noster, etc."; tiene por objeto explicarla razón por la cual osamos hacer, uso de la oración "dominical", que es el haber sido animados y hasta obligados a ello por el mismo Jesús. Entre los griegos y los galicanos, el "Pater noster" era cantado al unísono por todo el pueblo. Entre nosotros, le está reservado al celebrante, y el pueblo responde: "Mas líbranos de mal". Así lo dispuso S. Gregorio, inspirado quizá en la prescripción de la Regla de S. Benito (c. XIII) que él profesó. Lo canta con los brazos alzados como para indicar que la repetición de las palabras mismas de Jesucristo, en este momento augusto, lo transporta de entusiasmo y lo saca como fuera de sí.

Dicho el "Pater noster" y tomando pie el celebrante de la última petición que dice: "Mas líbranos del mal", desarrolla y como parafrasea esa idea, rogando a Dios "nos libre de los males pasados (las reliquias de los pecados) presentes (pecados actuales, tentaciones, males corporales, etc.) y futuros (o males posibles), y nos dé la paz en esta vida y el vivir siempre libres de pecado y de toda inquietud", poniendo como intercesores a la Santísima Virgen y a los Santos. Esta prolongación del "Padre nuestro", que los liturgistas llaman "embolismo", interpretación o desarrollo, cantábase antiguamente en el mismo tono que el "Pater", como todavía se practica el Viernes Santo en la Misa de Presantificados. Al terminar esta plegaria, el celebrante se signa con la patena, besándola al fin. Este gesto probablemente es debido a que antiguamente se usaba la patena como instrumento para transmitir la paz a la asamblea. Hoy es simplemente un signo de respeto, por cuanto va a servir para contener el Cuerpo del Señor.

24. La "Fracción del pan". Siendo como es la Misa, a la vez que un Sacrificio, un divino banquete, no podía faltar en ella la partición o la Comunión. Este rito consiste hoy en dividir la Hostia grande en tres partes, reservando las dos mayores para la Comunión del celebrante, y echando la partícula menor en el Cáliz consagrado, mezclándola con el vino.

La "fracción" es uno de los ritos esenciales del santo "Sacrificio". En una u otra forma existe, como indispensable, en todas las liturgias. Primitivamente, cuando en vez de hostia se usaba pan ordinario, el celebrante dividíalo en tres porciones: la primera para su comunión, la segunda para la comunión de los fieles asistentes, de los enfermos, encarcelados, etc., y de la tercera reservábase un pedacito como "fermentum" para la Misa del día siguiente o subsiguientes, para indicar que el Sacrificio de la Misa es uno y que el siguiente no es sino la continuación del anterior, y así sucesivamente, y otros pedacitos remitía el Papa a las Iglesias o "títulos" de la ciudad y los Obispos de otras partes a las parroquias suburbanas, para indicar que debían mantenerse unidos y sumisos con su Superior.

Ahora los fieles comulgan con hostias distintas de la del celebrante y preparadas de: antemano, y por eso la "fracción" actual no es tan expresiva como la antigua. Así y todo, ambos ritos, el antiguo y el actual, significan la estrecha unión que debe reinar siempre entre los cristianos alimentados por el mismo pan.

La mezcla de la hostia, con el vino del cáliz tiene dos explicaciones: una histórica y otra simbólica; pues, por una parte, se usó como necesaria para ablandar el pedacito de pan, "fermentum", de que acabamos de hablar y que debía sumirse en la Comunión, y por otra, sirve para significar que la separación del cuerpo y del alma de Jesucristo, efectuada en el Calvario y renovada en la Consagración, fue cosa pasajera, pues se volvieron luego a unir en la Resurrección, de que es imagen esta "conmixión" de ambas especies.

Antes de dejar caer la partícula en el Cáliz, hace con ella tres veces la señal de la cruz sobre el mismo, cantando: Pax Dómini sit semper vobiscum; paz que, antiguamente se daba al clero y a los fieles en este momento, omitiendo los "Agnus".

25. Los "Agnus Dei". Hecha la "mezcla", el celebrante tapa el cáliz, hace una genuflexión e, inclinado profundamente sobre el altar, reza tres veces, mientras el coro y el pueblo lo cantan, el "Agnus Dei", dándose tres golpes de pecho. Esta triple jaculatoria, con su triple golpe de pecho, es una buena manifestación de humildad y de compunción, en vista de la Comunión.

La invocación "Agnus Dei" pasó de las Letanías a la Misa. El Papa Sergio (687-701) ordenó que cantasen el clero y el pueblo mientras el Papa efectuaba la "fracción". Probablemente se repetía entonces un número ilimitado de veces, conforme a la duración de ese rito. Desde el siglo XI empezó a decirlo solamente tres veces. Hasta esa época terminaba siempre igual, pero entonces se reemplazó la tercera conclusión por "dona nobis pacem". En las misas de Difuntos, por lo mismo que no había ósculo de paz, y que todo el interés estaba concentrado en la liberación de sus almas, púsose por conclusión: "dona eis requiem".

El título de "Cordero de Dios", que aquí se usa, fue empleado ya por S. Juan Bautista (Joan, 1, 36) y por los Apóstoles. En efecto, Jesucristo es "Cordero" por la dulzura e inocencia de su vida, y lo es más todavía por haberse hecho víctima y sacrificándose por nuestros pecados. Los sacrificios de corderos de la antigüedad eran sólo figura de este verdadero Cordero de Dios. Él cargó sobre sí y lavó y borró (todos estos significados tiene la palabra latina "tollis") los pecados del mundo.

26. El "ósculo de paz". Al triple "Agnus Dei" síguele la oración "Ad pacem" (o preparatoria para la paz), la cual reza en silencio el celebrante, profundamente inclinado sobre el altar y con los ojos fijos en la sagrada forma, mientras el diácono la reza arrodillado a su derecha. Al fin, el celebrante y el diácono besan el altar, y aquél da a éste el "ósculo de paz" rozándole levemente la mejilla y diciéndole al oído: "Pax tecum" (La paz sea contigo), y contestándole él: "Et cum spíritu tuo" (Y con tu espíritu). Después el diácono se la transmite, en la misma forma, al subdiácono, y éste se la lleva al coro de clérigos, si lo hay, y a los demás ministros del altar. De esta manera, la paz de Cristo circulaba antiguamente por toda la asamblea, y el rito tenía el significado y el valor de un acto de reconciliación mutua de todos los comulgantes antes de acercarse al altar.

El beso litúrgico, como expresión de confraternidad y de unión de fe y de sentimientos, estuvo en uso entre los cristianos desde los primeros tiempos. A partir del siglo II, abundan los testimonios patrísticos y arqueológicos. Al principio no era privativo de ningún acto litúrgico, sino una práctica común a todas las asambleas. Donde el rito, empero, encuadra como en su propio marco y adquiere todo su valor, es en la Santa Misa, y en ella figuró muy de antiguo, ora en el Ofertorio, ora antes del Paternoster, ora, como actualmente, inmediatamente antes de la Comunión. Primitivamente, el "ósculo de paz" transmítanselo unos á otros todos los asistentes, sin distinción de sexo ni edad. El acto conmovía profundamente a los paganos, quienes solían exclamar: "¡He ahí cómo se aman los cristianos y cómo están dispuestos a morir unos por otros!" Andando el tiempo, se estableció la separación de sexos y, por fin, el ósculo se fué transmitiendo, no ya personalmente, sino mediante el "portapaz", que circulaba de mano en mano, como todavía se estila hoy en muchos países.

El "ósculo de paz" se omite en las misas de Difuntos y en el último triduo de Semana Santa. En las misas de Difuntos, porque primitivamente no se daba en ellas la Comunión; el Jueves y el Viernes Santo, para protestar contra el beso del traidor Judas, y el Sábado Santo -dice Dom Guéranger- porque la Misa se celebraba por la noche, y el gran número de neófitos que asistía hubiera podido dar lugar a alguna confusión, y además porque Jesucristo no saludó a sus discípulos con el "Pax vobis" hasta el día de la Resurrección.



Ósculo de Paz.

27. La comunión del celebrante. Dicha por el celebrante la oración "Ad pacem" y transmitido al diácono, en la forma descrita, el "ósculo de paz", continúa inclinado sobre el altar y con los ojos fijos en la sagrada forma, rezando dos oraciones preparatorias a la Comunión.

Estas dos oraciones no entraron definitivamente en el Misal hasta el siglo XIV, si bien se usaron antes. Por su estilo y por expresarse en singular, se ve que fueron compuestas para el uso privado de los fieles. Son preciosas. Piden las acostumbradas disposiciones de pureza, humildad y buena voluntad, para comulgar con provecho del alma y del cuerpo (tutamentum mentis et cörperis). En la primera se alude a la Comunión bajo las dos especies; en la segunda sólo a la del Pan, lo que indicaría ser ésta más reciente.

Luego toma la hostia y la patena en la mano izquierda, y repitiendo tres veces la humilde confesión del centurión: "Señor, yo no soy digno, etcétera", y subrayándolas con un triple golpe de pecho, comulga BAJO LA ESPECIE DEL PAN, haciendo con él la señal de la cruz y diciendo: "El CUERPO de Nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna. Así sea." Descubre luego el cáliz, lo adora con una genuflexión, recoge las partículas del corporal, y tomando el cáliz con la mano derecha y la patena con la izquierda y haciendo con aquél la señal de la cruz, comulga BAJO LA ESPECIE DEL VINO, diciendo: "La SANGRE de Nuestro Señor Jesucristo, etcétera".

Esta Comunión del celebrante, como queda dicho, es parte integrante del santo Sacrificio, hasta tal punto que, si por cualquier motivo no pudiera él continuar la Misa después de la Consagración, otro sacerdote tendría que continuarla y comulgar por él, aunque hubiese ya celebrado y no estuviese en ayunas. La razón es porque el Sacrificio se completa con la Comunión, al menos del sacerdote sacrificador.

La razón de hacer la señal de la cruz con la Hostia y con el Cáliz antes de comulgar, es porque antiguamente -según lo atestiguan varios Misales- las dos fórmulas de la Comunión terminaban así: "En el nombre del Padre, y del Hijo, etc.", y esta conclusión siempre la subraya la liturgia con ese signo. Además se hace así un acto de fe en la identidad de la Víctima inmolada en la Cruz y en el Altar.

28. La Comunión de los fieles. Unidos íntimamente los fieles con el celebrante desde el principio de la Misa, habiendo ofrecido con él la materia del Sacrificio y ofreciéndose a sí mismos en el Ofertorio e inmolado juntos, en la Consagración, la divina Víctima; es justo que participen también ellos del sagrado banquete a continuación del sacerdote. Todo, en la Liturgia de la Misa, está dispuesto en vista de esta común participación, y la Misa que con mayor número de comuniones cuenta, y comuniones en éste preciso momento, es la que mejor responde a su institución y a la tradición eclesiástica.

En-la primitiva Iglesia, y por lo menos hasta principios del siglo IV, comulgaban todos los que asistían a la Misa, y los que no, debían retirarse al aviso del diácono. A partir de entonces, decayó la frecuencia de la comunión, por diversos motivos; hasta el punto de que, durante toda la Edad Media, es un continuo exhortar de los obispos y sacerdotes a la comunión, siquiera en las principales festividades.

Hasta el siglo. XII comulgaban los fieles, lo mismo que los sacerdotes, bajo las dos especies. Esta práctica universal se hizo local en los siglos sucesivos, hasta que el concilio de Trento (1547) la suprimió definitivamente. Razones de precaución, al principio, y más tarde la práctica de la comunión al final de la Misa, que en algunas iglesias empezaban a introducirse, fueron las que motivaron esta supresión.

En la Comunión del pueblo seguía este orden: Comulgaban, después del celebrante, los sacerdotes asistentes y los concelebrantes; seguían los diáconos (recibiendo el pan de manos del celebrante y el vino de los sacerdotes), los subdiáconos y el clero inferior (que recibían el pan del celebrante y el vino de los diáconos), y por fin el pueblo (al que para ganar tiempo, administraban el celebrante, los diáconos y los subdiáconos). Los hombres recibían el pan en la mano desnuda, las mujeres en la mano cubierta con un velo llamado "dominical" o con la punta del velo de la cabeza.

Para la comunión del vino circulaban los cálices "ministeriales", de los que cada cual bebía mediante un "sifoncito" o canutillo de metal. A veces se les daba pan mojado en el "sanguis", y las migajas sobrantes se las repartía a los niños inocentes. Generalmente comulgaban de pie, cerca del altar. Cuando todavía estaban humedecidos los labios de los comulgantes con la preciosa Sangre, aconsejábales mojarlos con ella sus dedos y se tocaban con ellos los ojos, la frente, etc., para santificar su cuerpo con el divino contacto (15).

Hoy son deseos de la Iglesia que los fieles comulguen frecuente y aun a diariamente, y que lo hagan, de no existir alguna causa razonable -dice el Ritual- (16), dentro de la Misa, a continuación del celebrante, para que la Comunión no pierda el carácter de banquete y aparezca como complemento natural del Santo Sacrificio.

La tradición antigua es comulgar siempre dentro de la Misa. Únicamente a los enfermos, a los encarcelados, a los ermitaños y a los que, por razón de las persecuciones, no podían salir de sus casas se les permitía comulgar fuera del templo. Según el Card. Bona (17) fueron los Padres Mendicantes los que empezaron a guardar hostias en el Sagrario para la comunión de los fieles. Su ejemplo fue poco imitado en lo sucesivo, pues por una protesta elevada contra la Compañía de Jesús (18), se ve que, a fines del siglo XVI, era poco frecuente, al menos en España, el comulgar fuera de la Misa.

Es lástima que, en nuestros días, la frecuente comunión (que es una de las causas razonables que se invocan para comulgar fuera de la Misa): no llegue a persuadir a los cristianos de que la Comunión dentro de la Misa es la regla, no la excepción. El ideal debería ser: comulgar más (es decir, más frecuentemente) y mejor (o sea, cuando la Comunión tiene toda su eficacia y significado, que es cuando va unida al sacrificio). Aquí sería el repetir: Quod Deus conjunxit, homo non séparet, "lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre". Y lo que Dios unió, desde el primer momento, en la Institución misma de la Eucaristía, fué el Sacrificio con el Sacramento. ¿Por qué, pues, han de separarlo, sin causa razonable, los fieles?

29. La Comunión dentro de la Misa, según el Papa Pío XII.-En su encíclica tan citada "Mediator Dei", el Papa Pío XII exhorta vehementemente a los fieles a comulgar, a ser posible, siempre que se asiste a la Misa, sino sacramentalmente, que es el ideal, por lo menos "espiritualmente", y a que "los altares se vean rodeados de niños y de jóvenes, de cónyuges y de padres de familia, de obreros y de toda clase de hombres de cualquier condición". En cualquier momento en que comulguen, la Comunión es verdadera, y lícita, y en ella los fieles participan realmente del Sacrificio eucarístico; pero "es ley de la Iglesia -añade- que el pueblo se acerque á la santa Comunión después que el sacerdote haya comulgado, y son de alabar aquellos que, asistiendo a la Misa, reciben las hostias en ella misma consagradas" (19).

Es muy de notar que en un documento pontificio tan solemne, como es una Encíclica, se trate de intentar el punto de la Comunión dentro de la Misa, a continuación del celebrante, y más notable es todavía el alabar -como lo hace aquí Pío XII citando a Benedicto XIV- la devoción de aquellos que gustan comulgar con hostias consagradas en la Misa a que asisten, para hacer así más manifiesta su participación en el Sacrificio. No es, por cierto, de desear, por consiguiente -y nosotros nos atrevemos a proponerlo-, el que se introdujera la práctica de comulgar con hostias consagradas en la misma Misa en circunstancias como éstas: cuando sólo comulga el monaguillo, en las profesiones religiosas y de renovación de Votos (circunstancias en que jamás debiera comulgarse antes de la Misa), en las primeras comuniones, en las bodas, en los jubileos religiosos o matrimoniales, en los Jueves eucarísticos y sacerdotales, etc., y también en otras circunstancias solemnes de los Seminarios y Comunidades religiosas. De ese modo dejaríase más firmemente sentada en el pueblo cristiano la unidad del Sacrificio y la identificación con Cristo y Su ministro.

30. Acción de gracias. Terminada la Comunión, toda la preocupación del sacerdote es dar por ello gracias a Dios, y así, mientras recoge meticulosamente las partículas que han podido desprenderse de la hostia y hace las abluciones de los dedos y del cáliz, deja caer, sin cesar, de sus labios, breves pero muy expresivas frases de gratitud, con que comienza la acción de gracias oficial. Pero esta acción de gracias se formaliza, como quien dice, en la antífona "Communio" y con la oración "Postcommunio", que son las preces finales de la Misa propiamente dicha. El "Communio", que está reducido hoy a una antífona (excepto en la Misa de Difuntos que conserva todavía el V. y el estribillo), consistía principalmente en una antífona y un Salmo, que hasta el siglo VI fué siempre el 33, con la antífona "Gustate et vidéte". Hasta el siglo XI cantóse siempre durante la Comunión de los fieles, y terminaba con el "Gloria Patri", cuando, al concluir, la distribución, les daba el subdiácono la señal haciéndose una cruz en la frente.

La "Postcommunio" u oración ad compléndum (como la llaman los misales antiguos, porque terminaba el rito eucarístico propiamente tal), corresponde, por su estilo y corte, a la "Colecta" y a la "Secreta" del principio y mitad de la Misa. Suelen ser oraciones preciosas y están henchidas de doctrina y de piedad. Su tema general es dar gracias por el Sacramento recibido, y pedir perduren en el alma sus saludables efectos y se trasluzcan al exterior por una vida mejor. A la "Post-comunión", o post-comuniones, les sigue, en las misas de Cuaresma, la oración llamada "super pópulum" que antiguamente se decía también en otras muchas misas, y que equivalía a una especie de solemne bendición final. "

31. Despedida y Bendición final. La santa Misa no es un espectáculo o una reunión social, de la cual cada asistente pueda retirarse a su gusto, cuando le viene en deseo. Es un rito oficial presidido por el sacerdote y determinado por la Iglesia hasta en sus menores detalles, con intención de que se sujeten a él los fieles y los ministros. Ella es la que determina cómo se ha de empezar, cómo se ha de continuar y cómo y cuándo se ha de terminar. De ahí que, como lo hizo con los catecúmenos al final de "su" Misa, despida ahora a los fieles por intermedio del diácono, con la fórmula: "Ite missa est" o "Benedicámus Dómino", respondiendo el pueblo: "Deo grabas".

El "Ite missa est" marcó, hasta el siglo IX, el punto final de la Misa. Significa: "Marchaos, ésta es la despedida"; o bien: "es hora de irse", o "podéis iros". Con el tiempo, esta voz de mando vino a convertirse en un grito de júbilo y quizá por eso se lo hizo depender del "Gloria in excelsis", omitiéndolo cuando éste se omite y sustituyéndolo por el "Benedicámus Dómino". Al cantarlo, el diácono se vuelve de cara al pueblo, para dar más imperio a su orden de despedida, y el celebrante para dar bien a entender que el diácono es su portavoz.

El "Benedicámus Dómino", que suple al "Ite missa est", en las misas feriales y votivas y cuando se celebra de color morado, no es una fórmula de despedida, sino una invitación a perseverar en la oración y adoración de Dios; por eso se usa en los días y épocas litúrgicas en que el espíritu de la Iglesia es que los cristianos perseveren en mayor recogimiento y oración. Por lo mismo lo canta el diácono mirando hacia el altar.

En las misas de Difuntos, en el afán santo de convertirlo todo en sufragios para los mismos, se usa la fórmula: "Requiescant in pace", con la respuesta: "Amén".

Al final de los Divinos Oficios y especialmente de la Misa, el obispo, y, desde el siglo XI también los sacerdotes, daba al pueblo la Bendición, sea desde el altar, sea yendo hacia la sacristía. Este que, en un principio, era un mero acto de benevolencia de los ministros sagrados, tornóse con el tiempo en un rito complementario de la Misa, con preces y gestos bien determinados, como se estila hoy.

El rito de la Bendición actual de la Misa consiste en rezar la oración "Pláceat" (que resume los fines y frutos de la Misa) profundamente inclinado sobre el altar, en besar 'el altar, levantar los brazos, y los ojos hacia el Crucifijo, y bendecir al pueblo con el gesto acostumbrado, y diciendo: "Bendigaos Dios Todopoderoso, en el Nombre del Padre, etc.". Los fieles se arrodillan y santiguan para recibirla.

El beso del altar, el abrir y cerrar los brazos, el elevar la vista y el mirar el Crucifijo se entiende que es para indicar que el Sacerdote recibe del mismo Cristo la bendición y que en su nombre la transmite él a los demás.

En las misas de Difuntos se omite la Bendición porque han conservado mejor su factura antigua en que no existía este rito.

32. El último Evangelio. El último Evangelio es otra adición que la Edad Media hizo a la Misa primitiva, tan sobria y mesurada. Es la primera página del Evangelio de San Juan, al cual tenían los antiguos mucha devoción. Cuando concurren dos fiestas en un mismo día y la menos solemne y de la que no se dice la Misa tiene Evangelio propio, se lee éste en lugar del de San Juan.

Fue tan grande la devoción de los fieles a este pasaje del Evangelio de San Juan, que llegaron a honrarlo como a una reliquia y a llevarlo consigo y valerse de él como un sagrado talismán. Hacia el siglo XII empezáronlo a recitar algunos sacerdotes, por mera devoción, mientras volvían a la sacristía y se desvestían de los ornamentos. Luego, rogados por los fieles y principalmente por las mujeres devotas, consintieron en recitarlo en el altar, primero en secreto y- después en voz alta, hasta que, por fin, la reforma litúrgica de Pío V lo incorporó definitivamente a la Misa. Ciertas cartas de fundaciones de misas lo exigían como condición, al igual que ahora ordenan rezar responsos.

El Pontifical lo considera todavía como oración privada y de paso hacia la sacristía, y la prueba es que manda recitarlo a los obispos, en las misas pontificales, mientras se dirigen al trono para despojarse de los ornamentos.

A las palabras "Et Verbum caro factum est" arrodíllense todos, lo mismo que al "Incarnátus est" del Credo, en reverencia al gran misterio de la Encarnación.

33. Preces adicionales. Hasta el pontificado de León XIII, la Misa terminaba con el último Evangelio, como sucede aún con las cantadas y conventuales; pero este Papa mandó se rezaran de rodillas tres Avemarías, una Salve, una Oración a la Santísima Virgen y otra al Arcángel San Miguel, las que Pío X redondeó con la triple invocación al Sagrado Corazón. León XIII prescribió estas preces adicionales por la libertad de la Iglesia, y al conseguirla Pío XI, en 1929, con el tratado de Letrán, mandó él que se siguiera rezándolas en adelante por el pueblo ruso y por las iglesias separadas. Se ve bien la intención de la Iglesia al acudir a la Madre de Dios, después de haber sacrificado a su Hijo, y al reclamar juntamente el valeroso auxilio del Príncipe de la milicia celestial, contra las sectas tenebrosas cada día más empeñadas en combatir la Religión. Lo que no se comprende tan bien, litúrgicamente hablando, es que el celebrante tenga que arrodillarse, con todos los ornamentos de sacrificador, al pie del mismo altar donde acaba de ejercer poderes tan sublimes.

34. Resumiendo. Cerraremos este breve estudio sobre la Liturgia de la Misa y especialmente sobre su parte más importante, el CANON traduciendo la siguiente conclusión del Card. Schuster al final de su magistral disquisición sobre el "Origen y desarrollo del Ordinarium Missae".

«Una tradición romana que comprobamos estar, ya en el siglo V, plenamente establecida, indiscutida, respetuosamente acogida en toda la extensión del patriarcado papal, atribuye al CANON un origen apostólico. Conforme a esta creencia, los historiadores romanos estimaban poder dar cuenta, en el "Liber Pontificalis", de las menores modificaciones introducidas en el texto de esta Eucaristía tradicional de los antiguos Pontífices; y por otro lado, los Papas y los escritores que hablaban de ella, hácenlo como si se tratara de una plegaria inalterada e intangible, que se impone a la aceptación de todas las Iglesias. La documentación de cada una de las partes de nuestro CANON remonta al menos al siglo V, y nos obliga a identificarlo, en sus grandes líneas, con el que los antiguos reputaban de tradición apostólica. El examen directo e íntimo del documento, lejos de debilitar nuestra argumentación, la robustece, dando a nuestra Eucaristía romana la aureola de una redacción tan arcaica que, al repetir hoy, en el transcurso de la Misa, al cabo de tantos siglos, la plegaria consagradoria, podemos estar seguros de que rezamos, no sólo con la f e de Dámaso, de Inocencio, de León el Grande, sino hasta con las mismas fórmulas que repitieron ellos en el altar, antes que nosotros, y que habían ya santificado, en la época primitiva muchos doctores, confesores y mártires.» (20).

35. Acción de gracias, después de la Misa. La Sagrada Liturgia exhorta y quiere que todo el que, comulgando, hubiere participado del divino manjar, rinda a Dios por ello las debidas gracias. Ella señala al sacerdote y a los fieles, dentro de la Misa misma, un *mínimum* de acción de gracias; pero también provee, para continuarla, de otras oraciones indulgenciadas y exhorta a hacer de la vida cristiana un ininterrumpido himno de gratitud. Y el Papa Pío XII añade: "Es muy conveniente que, después de haber recibido la Comunión y terminado los ritos públicos, se recoja el comulgante, e íntimamente unido al Divino Maestro, se entretenga con Él en dulcísimo y saludable coloquio, durante todo el tiempo que le permitan las circunstancias" (21). Y el Papa fustiga a los que omiten esta acción de gracias privada de después de la Misa, so pretexto necio de que la Misa misma es, por su naturaleza, una acción de gracias, y demuestra cómo es absolutamente necesaria para mejor asimilarse los frutos de la Comunión y para comunicarlos con mayor eficacia a los demás, y cómo es la voluntad de la Iglesia que se haga con toda diligencia, uniendo a la acción de gracias la alabanza, la adoración y la impetración.

Llenos están los libros devotos de oraciones y ejercicios complementarios del Misal, y llenos también los autores ascéticos de argumentos encarecedores de la necesidad de esta acción de gracias, a fin de que la Misa y la Comunión penetren y arraiguen en el alma cristiana como una fuerza vital, y no se esfume su gracia, como suele suceder, en vaporosa vulgaridad. En ocasiones, la acción de gracias colectiva y en voz alta, por toda una asamblea de fieles comulgantes, puede ser un caritativo reproche y una elocuente invitación para tantos asistentes tibios que, aunque no faltan a Misa, no comulgan jamás o rarísima vez y, que, por lo mismo, no saben lo que es sumergirse en esos saludables baños de cristiana fraternidad. Mucho son de reprender, por lo tanto, los que salen del templo con la sagrada hostia todavía en la boca, o antes que el sacerdote haya terminado la Misa o enseguida que desaparece del altar. Por eso la frecuente comunión no remedia en mucho la rutina y la tibieza de vida, ni corrige sus defectos tan desedificantes.

(14) 2ª parte, II.

(15) Cf. S. Cir. de Jer.: Catequesis mist., V.

(16) Tít. IV, c. 2, n9'11.

(17) Rev. lit., 1, II, c. 17, n4 6.

(18) Cr. P. Ferreres: Hist. del Misal Rom., p. 196 (Barc., 1929).

(19) Id., íd.

(20) Liber Sacr., t. II, c. III

(21) Enc. "Mediator Dei", 21 parte, III.

www.statveritas.com.ar